

Capítulo 45 - Invierno - El Último Orellen

- [Capítulo 45 - Invierno - El Último Orellen](#)

Capítulo 45 - Invierno - El Último Orellen

“¿Estás segura?” preguntó Kalen, lanzándole una mirada interrogante a la expresión de Yarda.

Había sido una buena mañana. Ella se había sentido lo suficientemente bien para compartir una comida en la mesa del salón común de la posada, y ahora descansaba en una butaca grande junto a la ventana, observando a los circonianos que pasaban.

“No tengo que ir—”

“Ya has perdido un día completo de trabajo. Y, después de todo, el pueblo está en paz, ¿no?”

Era cierto. Todos habían sentido que algo terrible ocurriría tras el incidente entre las Acreses y los ciudadanos en las calles, pero, hasta ahora, nada peor había sucedido.

Yarda sonrió mirando por la ventana. La luz blanca hacía brillar las hebras plateadas en su cabello. “Me alegra que el invierno por fin haya llegado de verdad.”

La nevada era una molestia, pero Kalen entendía a qué se refería. El invierno debía lucir así, no seco y marrón como había sido hasta ahora.

“Muy bien,” aceptó finalmente. “Trabajaré en la iglesia hasta la noche. Luego volveré directo a casa. Te traeré más de esa deliciosa torta que los sacerdotes esconden.”

“Qué atento de tu parte, pequeño hombre.”

Pensó que ya era demasiado viejo para que le llamaran así. Pero no dijo nada.

“¿Robar postres me hace bueno?”

Ella se rió muy suave. “Sí. Entre otras cosas.”

Kalen entró en su habitación para tomar su bandolera. La llenó con un par de libros viejos, por si encontraba un rincón tranquilo en la iglesia donde disfrutar de la lectura. Su libro de hechizos de mago siempre permanecía afuera ahora. Era demasiado notable para que lo vieran leyendo un libro tan valioso, destinado a practicantes más avanzados que él.

¿Realmente voy a volver a Clywing ahora que sé quién es Tomas? ¿Es seguro? ¿Y si descubre que sé, y eso es malo? Él es un secreto tanto como yo, ¿no?

No era un cadáver resucitado, como Kalen. Pero sí era el hijo auténtico, nacido naturalmente, de Iven Orellen.

¿Eso lo convierte en alguien que los enemigos querrían encontrar aún más?

Kalen deseó, por enésima vez, entender qué quería decir la gente cuando hablaba de "política de practicantes". La política era una palabra apenas conocida en su tierra, y casi siempre hacía referencia a los sucesos en lugares lejanos.

Bueno, ahora estoy en un lugar lejano. Supongo que también debería entender esa palabra.

La agregó a su lista mental de cosas nuevas que había aprendido.

Regresar a la iglesia con Tomas allí debía estar bien. Ha sido así durante toda la semana. Él no le ha dicho quién es ni quién es él, así que, mientras él no diga nada, todo seguirá igual. Él deambulará mirando las cosas, fingiendo ser un aspirante a sacerdote llamado Matthew. Y yo fregaré suelos o puliré latón, fingiendo ser la devota Nerth de Tiriswaith.

Apretó con fuerza la correa de su bandolera.

Antes de salir por la puerta, Kalen se detuvo para revisar a su prima por última vez. La encontró en la misma posición. Estaba encorvada en la silla, con la cabeza apoyada en el marco de la ventana.

Así, en silencio y con el rostro dirigido hacia una vista de invierno más familiar, Yarda Strongback había fallecido.

Shelba encargó a Kalen de cuidar a Yarda.

Durante el resto de ese día y la siguiente, él sostuvo esa responsabilidad con toda su alma. La muerte trae tantas decisiones: detalles, apurarse y presionar a quienes intentaban ayudar a Kalen, o más a menudo, apresurar ese problema fuera de sus propias vidas.

Kalen ignoró la avalancha repentina de opiniones de personas que no tenían derecho a ellas, y las ofertas de ayuda de quienes hasta ese momento no habían mostrado interés en colaborar. En noches oscuras llenas de temores que no había querido reconocer, ya había decidido cómo sería la sepultura de Yarda.

Lloró mientras lo llevaba a cabo, pero lo hizo hasta el final.

Cortó su trenza y la enroscó, atándola cuidadosamente con un lazo. La llevaría consigo, junto con la carta que escribiría a su hijo y el último frasco que habían registrado para él, hasta que terminara el invierno y los barcos regresaran a casa. Era más seguro que dejarlo en la Oficina de Correos.

Luego, caminó hasta el puerto.

“Quiero que la entierren en el mar,” le dijo al viejo marino gruñón, que encontró frente a su oficina, enfrentándose a un capitán enojado. “Es tradición en nuestra isla. Por favor.”

Esto era una verdad a medias. Las sepulturas en el mar eran una tradición para los marineros que morían sin parientes. Otros eran enterrados en tumbas. Pero a Yoda no le gustaba esta tierra más que a Kalen, y el océano estaba levemente más cerca de casa.

“Dispongo de dinero para pagar a quien ayude,” dijo Kalen, mientras el marino masticaba el extremo de un trozo de madera y consideraba la propuesta. “Si conoces a alguien. Se lo daré a ti, y tú podrás pagarlos luego.”

“Me parece bien, muchacho,” respondió finalmente el hombre. “A mí no me disgustaría una sepultura en el agua también.”

Para media tarde, el marino había reunido suficiente gente para ayudar. Y todo se hizo con la misma esmerada sinceridad y respeto con los que Kalen había soñado.

Al caer la tarde, observó cómo el sol desaparecía tras el horizonte. El viento helado despeinaba su cabello.

Nunca perdonaría a Zevnie si ella recibiera la carta y la ocultara al Hechicero Arlade, pensó mientras caminaba de regreso a la posada bajo el cielo cada vez más oscuro. No la perdonaría nunca, jamás.

Casi no durmió esa noche. Horas antes del amanecer, se levantó y revisó las pertenencias de Yoda. Tomó su dinero —una cantidad aproximadamente la mitad de la suya— y un amuleto de madera en forma de ballena que ella llevaba en el bolsillo. Los guardó en un frasco de barro grueso que había reservado para grabar mensajes, y los llevó hasta el cementerio de la ciudad.

Planeaba enterrarlos allí, detrás de una de las lápidas de piedra roja, pero después de quitar la nieve, encontró que el suelo estaba helado. Clavó sus uñas en la tierra fría, mirando con la luz de su cristal solar.

Podría descongelarlo.

Un círculo de calor sería difícil de hacer aquí. El que él conocía era bastante grande. Tendría que extenderlo con piedras encontradas o tratar de tallarlo en la tierra con su cuchillo pequeño. No confiaba en tener éxito en hacer líneas limpias con ninguno de los dos métodos.

Podría descongelarlo con un hechizo menor.

Kalen conocía muchos hechizos menores. Domaba todos en el Libro de Encantamientos del Hechicero Brou. Brou había tratado de crear un hechizo para cada categoría importante de magia, y por eso, evidentemente, había uno para el fuego.

Por la incandescencia de las brasas...

Tomaste algo que ya había sido quemado antes, pronunciando en ello un hechizo menor, y las llamas volvieron a cobrar vida.

Incluso las cenizas de una chimenea servirían. Podría esparcirlas aquí y lanzar el hechizo menor sobre ellas. Podría verter mi magia una y otra vez, tantas veces como hiciera falta. Podría...

Kalen se detuvo a sí mismo.

Estaba siendo infantil. Los conjuros menores eran hechizos sin mucha pulcritud que requerían enormes cantidades de magia para producir efectos minúsculos. Solo estaba enojado y triste, y sería agradable usar su poder de esa manera familiar—llenarse y vaciarse tantas veces como fuera necesario. Podía absorber la magia del continente una docena, veinte o cuarenta veces... y lanzarla contra algo.

Pero aún no había descubierto por qué ni cómo Zevnie fue capaz de sentir que lanzaba su conjuro de germinación aquel día. Llevaba mucho tiempo en la ciudad. Aquí había muchos practicantes. Había visitado la Enclave. Sin duda, había estado cerca de alguien realizando grandes hechizos en algún momento.

Comenzaba a pensar que Zevnie poseía algún talento especial. Pero, como no estaba seguro, no debía arriesgarse.

Regresó a la posada y utilizó su magia (pictura mágica) y pinceles para rodear el frasco con dos patrones diferentes. El primero era uno antiguo que casi había olvidado cómo hacer, pues apenas lo había usado unas pocas veces antes. Tuvo que sacar «Prácticas Mágicas Básicas de la Familia Leflayn» y consultarlo.

Me pregunto si debería sentirme raro por estudiar su libro.

Decidió que no. Era su libro más antiguo. Nanu lo había aprendido en su infancia, y ella se lo había dado a Kalen. Sentía que le pertenecía a él, no a ellas.

Era un hechizo bastante sencillo. El patrón pintado era simplemente una versión distinta del círculo de calefacción; calentaba el agua dentro de un recipiente cuando el conjurador vertía magia en él. Kalen lo pensaba como el conjuro del día de baño, porque lo había pintado en las bañeras que usaba su familia.

El segundo diseño era más complejo, porque funcionaba como un encantamiento real en lugar de un círculo de hechizo. Era uno que aprendió de los padres de Gare en la Isla Twin Mayor—el que hacía que las tazas y vasos mantuvieran su contenido a una temperatura estable.

Probablemente había maneras más fáciles de hacerlo. Por lo que Kalen sabía, quizás no se podía usar este hechizo sobre ese encantamiento de esa forma. Pero necesitaba algo que lo mantuviera ocupado con urgencia.

Tan ocupado que no pudiera pensar demasiado.

Y al menos así se evitaría lanzar hechizos en el cementerio hasta desmayarse y congelarse tan firme como la tierra misma.

Cuando terminó de pintar, llenó el frasco con agua, lo probó y llevó el caldero ahora tibio hasta el cementerio. El sol ya había salido cuando se escondió tras la tumba elegida otra vez y colocó el frasco sobre la tierra. Presionó su dedo sobre el símbolo mágico de activación del hechizo de calefacción y lo conjuró.

Me pregunto qué tan caliente puedo ponerlo. Y cuánto se mantendrá así.

Había llevado su pintura esta vez. Si se le rompía el círculo de hechizo o el encantamiento, podía simplemente volver a crearlos.

Así que lo intentó.

Resultó que usar ambos en conjunto permitía que Kalen calentara mucho el agua. Después de unos cuantos lanzamientos, en realidad no podía ni siquiera tocar el símbolo mágico que necesitaba para activar el círculo, ni siquiera cuando primero enfriaba su dedo en la nieve. Se sentó de espaldas a la tumba, con una ampolla en la mano, observando cómo se formaban gruesas nubes blancas sobre la superficie del agua.

La nieve se derretía lentamente, desapareciendo poco a poco.

—Bueno, eso está hecho —pensó—. El suelo se calentará lo suficiente para poder excavar eventualmente.

Tragó saliva con dificultad ante esa idea. Enterrar el dinero de Yarda era lo último que sabía que debía hacer. Así lo protegería de los ladrones. Kalen podría intentar enviarlo de regreso a su familia en primavera, o si era necesario, podría desenterrarlo y usarlo para él mismo. Escribiría una carta confesando a sus padres si eso alguna vez sucedía, y ellos le devolverían el dinero al hijo de Yarda.

—Es una buena idea, creo. Pero no se me ocurren más después de esta.

Necesitaba un siguiente paso.

¿Debo simplemente seguir viviendo aquí? ¿Escondido bajo la protección de la iglesia y esperando que eso sea suficiente? ¿Solo esperando a que sea más fácil viajar?

En algunos aspectos, eso parecía lo más simple. Pero intentó considerar otras posibilidades.

¿Podría viajar ahora? ¿En invierno y solo?

Podría abandonar por completo a Arlade. Podría pedirle al capitán del puerto que le asignara a cualquier barco con destino a un país que no lo buscara. Por supuesto, no lo diría de esa manera. Lo descubriría escuchando a la gente con los Oídos del Oriente. O comenzaría una conversación con alguien y mencionaría a los Orellens, esperando que dijeran los nombres de los lugares.

Revale, el reino del norte. Había oído que lo mencionaban. Lo había visto en su mapa. Quizá podría caminar hasta allí, deteniéndose en granjas a lo largo del camino.

¿A través de la nieve?

Kalen quizás no moriría congelado si llevaba los suministros adecuados para mantener los hechizos de calefacción. Y no se moriría de sed incluso si la nieve se fundara, ya que poseía la Invocación de Gunk. Pero incluso si pudiera cargar suficiente comida consigo, ¿qué pensarían la gente de un chico que, aparentando ser mucho más joven que su edad, viajaba solo?

¿Me ayudarían? ¿O simplemente asumirían que cualquier niño de mi edad que huyera había hecho algo malo? ¿O peor aún... adivinarían qué soy?

Otro problema a contemplar: Circon debía ser un lugar seguro.

Aquí vivían Orellens y algunos trabajaban más o menos abiertamente. Todos sabían que los cuatro se alojaban en la iglesia. Llevaban años aquí. Kalen había oído que antes había aún más.

Algo había cambiado, y fue por causa de las Acreses.

¿Y si fuera así en otros lugares seguros también?

Por lo menos, debería abandonar la posada. Aquí sabían demasiado de él. Y era demasiado cara solo para él. Podría alojarse en un lugar más económico.

El capitán del puerto se ofreció a cuidarme, pero también sabe demasiado de mí.

Con la marcha de su primo, Kalen de Hemarland finalmente podría desaparecer. Y creía que debería hacerlo. Era un problema que los dos hombres que solía ver en la Oficina del Correo lo conocieran con un nombre distinto al de los sacerdotes; por pura suerte, los empleados del correo no eran visitantes habituales en alguna de las iglesias en las que servían.

Podría fingir que Kalen era amigo o primo de Nerth y que solo estaba recogiendo su correspondencia. No les importaba cuán poco probable fuera que dos personas que vivían en islas tan distantes estuvieran relacionadas. Parecían pensar que todos pertenecemos juntos simplemente porque no somos de su continente.

—Yarda, ¿qué se supone que debo hacer?

Ella no respondió. No volvería a responder.

En realidad, nadie en el cementerio podía oírlo, así que tras unos momentos de intento en vano, Kalen no se molestó en contener sus sollozos.

Un par de días después, un niño se sentaba en un banco en la parte trasera de la capilla de la Iglesia de Clywing. Llevaba ropa nueva—una sobrecamisa corta de suave lana color burdeos, pantalones ajustados de precioso tono marrón, y un corto capote gris. A su lado, la joven

sacerdotisa de Clywing se limpiaba los ojos con el puño de su rajada vestimenta.

—Por supuesto, podría quedarme en una posada—dijo Kalen—pero la iglesia ya es como un hogar para mí—

—¡Oh, Nerth! Un niño de tu edad no puede quedarse solo toda la vida—tropezó con la palabra, enjugándose unas lágrimas que le estaban corriendo por las mejillas.—Debes venir al cálido corazón de Clywing. Ella es la diosa que más ama a los niños, después de todo.

—Tengo doce años—dijo Kalen.

Se preguntaba si ella seguía olvidando su edad o si pensaba que mentía.

Le había contado que su último pariente cercano había fallecido justo entonces. Se preguntaba cuánto pecado grave sería eso, considerando que tenía más relaciones familiares que cualquier otra persona que hubiera conocido, contando todos los Orellens y sus cientos de hermanas y hermanos bastardos, además de su verdadera familia.

—Puedo dormir en una estera en algún lugar apartado—propuso—y trabajaré todo el día. Los sacerdotes ni siquiera se darán cuenta de que estoy aquí.

Le sorprendía que la conversación fuera tan fluida. Había comenzado pensando que quizás le dejarían pagar por quedarse—menos de lo que cobraba la posada—pero empezaba a parecer que le permitirían vivir allí solo con su trabajo.

Yarda estaría contenta.

Había querido que permaneciera oculto y alejado aquí, en un sitio donde nadie apoyaba a las Acreses. Tal vez, podía lograrlo en mayor medida de lo que había pensado.

Y en cuanto a Tomas...

Kalen fingiría no conocerlo. Y mientras el otro chico siguiera fingiendo lo mismo, nadie debería relacionarlos entre sí, ¿verdad?

La joven sacerdotisa lo llevó a encontrarse con el alto sacerdote, quien caminaba nervioso por su oficina, claramente preocupado por algún asunto.

—¿Qué? ¿Qué pasa?—preguntó, claramente confundido por la petición y por el llanto de la sacerdotisa que relataba lo bien que cantaba Kalen, su fuerte ética laboral y la situación terrible en la que se encontraba.

—Sí, estoy seguro de que está bien—respondió apresurado, haciendo un gesto para que salieran de su oficina—Solo... no robes las partes inferiores de las velas, joven. Y cúplete en tu trabajo. Y reza dos veces al día.

—Eso puedo hacerlo perfectamente—dijo Kalen con seriedad.

Incluso le asignaron una habitación, aunque solo una especie de cobertizo aislado. En realidad, era una de las tres pequeñas celdas en el sótano, de una época en que los sacerdotes se ocultaban allí para meditar en silencio. Era fría y completamente oscura, sin vela ni cristal de sol.

La sacerdotisa le insistió en que solo era un lugar para guardar sus cosas en caso de necesidad; que debería dormir en la luz y calidez de la cocina. Pero a Kalen le gustaba la soledad. El sótano de la iglesia se usaba pocas veces. No había más que unos barriles y unas grandes esculturas talladas que se exhibían en días sagrados.

Y es silencioso, pensó casi una semana después, mientras se sentaba en su esterilla con la pesada puerta de madera cerrada.

Estaba seguro de que podía gritar con todas sus fuerzas, y nadie en la iglesia de arriba lo escucharía. Nunca había oído nada desde arriba. Ni siquiera pasos.

Apretó su aliento, conteniéndolo con esfuerzo.

Cuando hacía esto, en la frescura y la oscuridad, casi podía pretender que estaba bajo el agua.

No había movimientos en el agua para pensar, aunque él reflexionaba mientras trazaba sus caminos. Ni viento tampoco.

Qué lástima que los Oídos del Este no funcionaran sin viento natural. Este sería un lugar perfecto para escuchar las conversaciones de la gente, y últimamente en la ciudad había muchas charlas que Kalen quería oír.

Ya habían terminado los días de compasión en el Enclave.

El lugar al que Yarda quizás habría ido, si hubiera vivido un día más, solo había visto llegar a gente enferma y herida a la que después rechazaban.

"Por la seguridad de nuestros sanadores", era la razón, según los rumores. "La iglesia ha estado enviando matones para atacarnos, ves. Todo por la plata que traen sus magos Orellen."

Durante el servicio del octavo día, el gran sacerdote habló de Acreses quemando a personas en las calles sin motivo, usando poderes que habían aprendido de los Leflayns al sur.

Esto parecía política. Solo mentiras de un lado a otro en pequeñas formas, para que siempre pareciera que su bando no había hecho nada malo y el otro también fingiera lo mismo.

Lo odio.

En los primeros tres días de Kalen en la iglesia, Tomas le había hablado algunas veces. Palabras sencillas de consuelo o preguntas corteses sobre su día. Nunca insinuó que lo había reconocido.

Y luego, de repente, dejó de caminar en vueltas alrededor de la iglesia.

Desde entonces, Kalen no lo había vuelto a ver.

¿Se habrá ido? pensó, siguiendo su magia a través de giros y vueltas. ¿Se habrán ido los Orellen ahora porque era demasiado peligroso?

¿Solo me quedo yo en Granslip Port?

Le habían dicho que no usara la puerta que conducía a las escaleras del ático. No había sentido la tentación de desobedecer antes. Cuando todavía veía a Tomas de vez en cuando.

No podía arriesgarse a perder este refugio fácil, libre y seguro que había encontrado para sí mismo. Yada, su madre y todos los que le importaban se decepcionarían mucho si lo hacía.

Pero, pensó Kalen. ¿Y si ya no están?

¿Si los verdaderos practicantes, con entrenamiento real y la protección de la iglesia, tuvieron que huir, significa eso que yo también debería hacerlo ahora?

Abrió los ojos.

Usó su Magia del Viento Rápido.

Practicó lanzar Perlas. Ocho caminos diferentes. Cuarenta puntos de intersección. Bastante complejidad para que durara toda una vida, pensó alguna vez, pero ahora ya casi lo lograba. Había estado practicando todas las noches desde que Yada murió. Y cada vez estaba más cerca.

Un hechizo tras otro.

Algún día, tendría suficientes para no tener miedo ya.

Un mes después, Kalen salió a caminar para ver el océano. Nunca en su vida había estado tanto tiempo sin verlo, y empezaba a sentir que no era él mismo.

Llevaba el capucho de su capa levantado sobre la cara y las mangas bajadas hasta las muñecas. Cada tercer niño que veía ahora llevaba la pulsera de Aress. Casi nadie llevaba la de Clywing.

Pensó que la gente podría cuestionarlo acerca de su negocio si permanecía estático en un sitio; por eso, caminó a lo largo de la orilla del agua, atravesando el puerto y siguiendo por la estrecha y sucia franja de playa que bordeaba parte del pueblo pesquero que la ciudad había absorbido. Mientras avanzaba, formaba en su interior los patrones de sus hechizos.

El Ave Sorprendida ahora tardaba menos de cuatro minutos en aparecer. Lo había practicado con más frecuencia que los demás.

No lo lanzaba porque era demasiado evidente.

Pero sí se permitía disfrutar de su más reciente adquisición. Era un proceso tan meticuloso que casi tropezó y cayó de bruces mientras intentaba ensamblarlo. Sin embargo, Lanzar Perlas era un hechizo canalizado, como las Orejas del Este, por lo que, una vez dominado, al menos podía mantenerlo. Además, no requería mucha magia.

Al terminar de construirlo, sintió que se estabilizaba. Parecía hacerse más sencillo, aunque aún no encontraba un lugar fijo en su estructura de maná.

La parte de lanzamiento también resultaba fácil.

Tras revisar su entorno, Kalen se volvió hacia el agua y extendió la mano, como si sostuviera una piedra invisible. Y justo en el lugar donde esa piedra caería, surgieron pequeñas espirales brillantes en la superficie del agua, como si objetos diminutos e invisibles se deslizaran rápidamente sobre ella.

Así también funciona en el agua.

Lo había imaginado, aunque no esperaba que lograra éxito.

El efecto del hechizo era difícil de percibir en el suelo de la cueva, a menos que esparciera mucho polvo o arena. Ocho pequeñas bolas de viento invisibles, del tamaño de uvas, se confinaban en el agua, en un círculo imaginario de unos siete pies de diámetro.

Si ponías la mano en su camino, te causarían heridas severas. Kalen no se atrevió a permanecer en medio de ellas después, pero pensaba con seguridad que podrían hacer tropezar a alguien si no tenía la atención alerta.

No era el hechizo más útil que poseía, pero representaba un logro.

Esto significa que, eventualmente, podría lanzar todos los hechizos del libro. Ya había adquirido algunos más en el camino.

Tras un minuto más, dejó de canalizar y volvió a la iglesia.

Decidió que no volvería a salir salvo que fuera estrictamente necesario.

Esa tarde, mientras raspaba cera derramada en el suelo, no dejaba de observar la puerta que conducía al altillo.

Tomas nunca volvió a aparecer. La Oficina de Correos ya no enviaba cartas por portal. El sacerdote continuaba levantando su voz en contra de las Acresses, pero ya no mencionaba a los Leflayn ni a su persecución de los Orellen.

Seguramente ya se habrán ido por completo.

Debo estar verdaderamente solo.

Pensó en ello mientras trabajaba. Quería saber. Tenía que saber.

Había sido paciente durante más de un mes.

Seguramente eso fue suficiente tiempo para que una sola pregunta no despertara sospechas.

—Sacerdotisa Riat—, dijo cuando ella atravesó la capilla con una pesada manta bajo un brazo—. ¿Qué hay tras esa puerta?

—Es solo el altillo, Nerth—, respondió ella—. Has estado de rodillas durante mucho tiempo. ¿No quieres descansar un rato?

—Estoy bien—, replicó él—. ¿Puedo subir allí alguna vez y ver el altillo? He visto todas las demás partes de la iglesia. Estoy seguro de que también debe ser interesante allá arriba.

Ella parpadeó. “Creo que eso estaría bien,” dijo después de un momento. “Ve a echar un vistazo esta noche. Lleva una linterna. Y no te pierdas en los pasajes. No sé qué pensarían cuando lo construyeron.”

“Oh,” dijo Kalen.

“No te preocupes. Si te pierdes, iré a buscarte.”

No es eso...

“Gracias.”

Realmente ya no están.

Tomas se fue. Así, sin más.

No entendía por qué le hacía sentir una soledad tan desesperada. Apenas había hablado con Tomas. No era realmente el hermano mayor de Kalen. No conocían mucho sobre sus vidas mutuas.

Esa noche, tomó una linterna como la sugerencia de la sacerdotisa, y subió por la empinada y oscura escalera. Las tablas crujían bajo sus pies.

Había signos de que alguien había vivido allí recientemente. Pasillos estrechos y habitaciones apretadas que deberían estar cubiertas de polvo si hubieran estado abandonadas por mucho tiempo, estaban en realidad limpias.

Lo menos que podrían hacer era dejarlo quedarse allí ahora, en lugar de abajo en la bodega, pensó con amargura, mientras se paraba en una esquina bajo una viga baja y observaba su entorno vacío. Es tan aislado, ¿no?

Se compadeció durante un largo rato, dejándose llevar por esa sensación, algo que había estado intentando evitar con fuerza. Después, se recompuso y se fue.

Estaba a varios pasos del pasillo estrecho cuando escuchó un ruido.

Era casi demasiado silencioso para que pudiera detectarlo; era casi demasiado sutil y simple para que le importara, aunque lo había percibido.

Un susurro áspero, como si algo ligero se hubiera deslizado por la madera.

Kalen miró alrededor con curiosidad. Recorrió sus pasos, revisando la habitación que acababa de pasar, y luego entró en la que había dejado atrás.

Sostenía la linterna en alto.

Nada.

No. No era nada. Hay algo en el suelo.

“No estabas aquí hace un momento,” dijo Kalen, mirando fijamente un paquete rectangular de papel doblado, sellado con cuerda y cera azul pálida. “Sabía que no estabas.”

Lo recogió.

En el exterior, escrito con una caligrafía limpia y elegante, había una lista de once nombres.

Lizen, Wether, Sara...

Lo leyó hasta el final.

Matthew.